

A NUESTRO ALREDEDOR SE AMONTONAN
TUMBAS DE AMIGOS Y DE CONOCIDOS

Escasez

De Viviendas



Hay pobladores sin vivienda y viviendas sin pobladores.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Unos de los signos terribles de que a uno se le van amontonando los años es que crece el número de tumbas donde yacen personas que uno quiso, a las que conoció o con las que, al menos sostuvo conversaciones. Ese es un dato de la edad individual cuando la muerte de alguna de esas personas es resultado de la violencia social, de la ferocidad represiva, de las contradicciones de nuestro tiempo, se vuelve también un dato de la edad crítica por la que hoy atraviesa nuestro país. Y entonces el asunto trasciende la dimensión personal, cobra fuerza pública y vale hablar de él a los lectores.

La violencia política, la crueldad represiva, es un fenómeno que ya no resulta desconocido a casi

nadie. Pero mientras aparece como conjunto de frías noticias periodísticas, mientras no nos concierne muy de cerca, aparece como algo ajeno, como algo que puede ocurrir a otros pero no a nosotros. El fallecimiento precoz de Tere Roldán, de Agustín Durán, de Armando Ponce, de Raúl Jiménez, de Rubén Carreño, con los cuales compartimos horas juveniles, era ya un enfrentamiento con la dureza cruenta de la vida. Pero habían muerto en accidentes o en homicidios simples. En cambio, la violencia política terminó con la vida de Eunice Campirán, de Rodolfo Escamilla, de José Félix Rangel Rivera.

Antes de cumplir veinte años, Eunice vino de Toluca a estudiar Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM. Pelo corto, ojos de venado, timidez cercana a la inhibición, nada en los tempranos sesenta permitía adivinar la radicalización de su pensamiento y de sus acciones en los años siguientes. Su compañero, David Aguilar Mora, al parecer fue detenido o asesinado por la policía guatemalteca y ella acudió, presurosa, a estar a su lado, o a recoger su cadáver. No volvió más. Borrosos informes nos hicieron saber a quienes fuimos sus compañeros de aula que también había sido asesinada, a garrotazos, por la policía o el ejército de Guatemala.

El año pasado fue asesinado el sacerdote Rodolfo Escamilla. Hace trece años, cuando coordinaba un grupo de estudio y acción social, lo habíamos conocido en la oficina que improvisó en una vecindad de la colonia de los Doctores. Eran los primeros años posteriores al Concilio, y Escamilla contaba entre los que habían tomado en serio la decisión de la Iglesia de regresar al mundo de los pobres. Rodeado de trabajadoras sociales y una socióloga que escogió un lamentado exilio voluntario, buscaba despertar, entre los desposeídos, la gana de construir su propio porvenir. Muerto también en oscuras circunstancias, hasta ahora no me queda claro si lo asesinó alguno de sus allegados convertido en guerrillero, o si se le privó de la vida como consecuencia de su actividad entre los pobres.

Hace dos semanas, el 31 de julio, fue hallado en una vivienda de la unidad habitacional "El Rosario" el cadáver de José Félix Rangel Rivera. Cuando él tenía veinticinco años, es decir hace cuatro, vino a buscarme a la subdirección editorial de *Excelsior* donde yo trabajaba entonces. Chaparrito, enteco, con la pierna izquierda más corta que la derecha, su vehemencia superaba su

talla. Me pidió que hiciera pública la situación en su pueblo, cercano a Jacala, en el ángulo noroeste de Hidalgo, agobiado por el predominio de un cacique. A partir de entonces, de tanto en tanto se aparecía trayéndome informes de las luchas en las que estaba participando. Nunca lo conocí suficientemente para saber si eran neurosis de complicación o inquietudes sustanciales las que lo mantenían en perpetuo movimiento, organizando grupos, investigando la realidad económica de su entidad natal, publicando un periódico en Ciudad Sahagún.

Lo vi todavía en los primeros meses del año pasado, cuando vino a buscarme a Proceso. Seguramente traía informes sobre algún conflicto cuya difusión le interesaba. Luego, le perdí la pista hasta que, el 3 de agosto pasado, leí la información sobre su muerte. Su cadáver fue encontrado en un departamento de la unidad 2 de "El Rosario". Uno de sus amigos, que vio su cadáver en Tlalnepantla, lo describió "todo piqueteado de picahielo y rasgado de la cara y golpeado".

Rangel Rivera, que se había graduado de economista y cursaba estudios superiores de su especialidad, se había convertido a últimas fechas en dirigente de un grupo de "colonos irregulares", apoderados de viviendas en esa unidad habitacional. La ilegal situación en que se colocaron les hizo padecer toda suerte de presiones. La más fuerte de todas ellas, en cuyo rumbo seguramente habrá que buscar al responsable del homicidio, provenía de una agrupación de habitantes de esa unidad. Según afirman los compañeros de la víctima, algunos líderes de esta agrupación tenían interés malsano en desalojar a los irregulares, seguros de que podrían ellos comerciar con las casas que de ese modo quedarán desocupadas. En ese esquema, la muerte de Rangel Rivera, que se singularizaba por la defensa de su grupo contra los colonos "regulares", habría sido una advertencia en grado extremo, para que los ocupantes se marchen de ahí.

El crimen en que perdió la vida este joven profesional hidalguense reúne los signos de un homicidio político. Hay que exigir una investigación, en apariencia no iniciada todavía diez días después del asesinato, para que se castigue a quien lo ultimó con tanta saña. Pero al lado del problema penal, aparece, con mayor relevancia aun que aquél, el asunto que propició este trágico acontecimiento.

Hace cuatro años se construyó en los límites de Azcapotzalco y Tlalnepantla, sobre terrenos de una antigua hacienda, un enorme conjunto habitacional edificado por el INFONAVIT. Como si se quisiera reflejar un notorio desdén para la clase trabajadora, destinataria de las viviendas, o por efecto del descuido y la corrupción, la unidad habitacional fue hecha de pacotilla. Además, en una actitud extrañísima, se omitieron los trámites para recabar las autorizaciones municipales obligadas, ante el Departamento del Distrito Federal, por lo que esa concentración urbana ha carecido de los servicios públicos indispensables. Casualmente, sólo la semana pasada se concluyó la gestión respectiva, para regularizar la situación del conjunto de viviendas.

La deficiente calidad de las casas, sin embargo, no fue reparable en todos los casos. Muchísimos trabajadores a los que se asignó habitación en ese lugar, terminaron abandonándola, por las molestias y riesgos de vivir entre y bajo la precariedad de muros y techos irresponsablemente construidos. Fueron quedando vacías, de ese modo decenas de casas, cuyo deterioro creció con el abandono. Frente a ese espectáculo de dispendio de los recursos sociales, se levantaba la necesidad de cientos de familias que, en los alrededores, carecían de vivienda y contemplaban cómo, aquellas que podían ocupar, porque virtualmente no (Sigue en la página 69)